



La escritora Kim Thuy, ayer en un hotel de Madrid. INMA FLORES

SERGIO C. FANJUL
Madrid

Kim Thuy aparece con un vestido de coloridas flores y una sonrisa que ilumina. Dice que hizo mal en comer churros a medianoche: le hicieron dormir mal. "Es que me pienso que tengo 18 años todavía", bromea. La escritora, nacida en Saigón hace 55, formó parte de la *boat people*, los vietnamitas perdedores de la guerra que dejaron el país por mar huyendo de los vencedores comunistas. Sobrevivió a la travesía, llegó a un campo de refugiados en Malasia y después Canadá le abrió sus puertas. Se instaló en Quebec. Su obra novelística, a base de breves viñetas poéticas, trata del recuerdo de la guerra y también del proceso de integración como migrante en un país lejano y nuevo. Viene a Madrid a presentar la película basada en su exitosa novela *Ru* (Periférica), dirigida por Charles-Olivier Michaud, que se proyectó ayer en la IX Muestra de Cine Francófono.

Pregunta. Dice en sus libros que los vietnamitas son muy reservados, pero usted parece muy expresiva.

Respuesta. Es que soy canadiense, y concretamente de Quebec, donde la influencia francesa es más importante que la frialdad anglosajona. Pero creo que soy una especie de caricatura, porque quería ser exactamente como un quebequés y me

CONVERSACIONES A LA CONTRA

“Canadá es más comunista que Vietnam”

Kim Thuy

Escritora

“Nuestro padre nos dio píldoras de cianuro por si naufragábamos o si nos interceptaban los piratas”

pasé de la raya. Y luego está lo del barco.

P. ¿Qué pasó en el barco?

R. El barco se rompió cuando huimos a Malasia, yo solo tenía 10 años. Si hubiera permanecido 15 minutos más allí no estaría hoy aquí contigo. Después de aquello todo es un regalo, una vida extra, ser feliz se ha convertido en una responsabilidad para mí.

P. ¿Por qué huyó de Vietnam?

R. Nosotros éramos del sur, y, como sabes, ganó el norte. En los cambios de régimen suele haber persecución, porque los que llegan tienen que coger todo el poder de los que estaban antes. Se cambia la gente, se cambia la ideología, y nosotros éramos del bando perdedor. Pensábamos que íbamos a morir si permanecíamos, pero también pensábamos que íbamos a morir en el mar.

P. No había mucha alternativa.

R. Era más bien elegir el lugar donde íbamos a morir. Pero al menos en el mar podíamos hacer un último intento. Nuestro padre nos dio píldoras de cianuro, por si naufragamos o éramos interceptados por piratas o nos conducían de nuevo a tierra.

P. Lo peor para usted no fue la guerra, sino el fin de la guerra.

R. Es que la paz no llega en un instante cuando acaba la guerra. La paz tiene que ser construida. Si cuando una guerra acaba no se construye la paz, esta no llega. Por eso estoy muy orgullosa de Canadá, un país que ha optado por la paz.

P. En España tuvimos la Guerra Civil hace 80 años. Pero sigue influyendo en el presente. Es difícil de olvidar. Usted sigue escribiendo la de Vietnam.

R. En Vietnam se sigue hablando de la guerra, pero solo desde el lado ganador. Allí no se llama la guerra de Vietnam, sino la guerra estadounidense. Por eso la memoria de la *boat people* no sale en ningún libro de historia. Y desaparecerá cuando esa generación muera. Yo escribo de ello, pero literariamente, necesitamos historiadores que trabajen sobre ello, con fechas, con datos. Yo soy solo una testigo.

P. Usted cuenta las pequeñas historias en la guerra, las que afectan a la gente.

R. Te das cuenta de que una madre es solo una madre, da igual el bando. Alguien que pierde a un ser querido siente el mismo dolor, y no hay más política. Pero lo olvidamos por cuestiones políticas.

P. ¿Para qué sirve la política?

R. En mi cabeza debería servir para guiar un país. Fíjate, Canadá es más comunista que Vietnam ahora mismo. Porque comunismo supone que seamos iguales, que cuidemos de los otros. En Canadá pagamos impuestos, tenemos un sistema sanitario para todos, escuelas. En Vietnam solo accede quien tiene dinero, quien conoce a la gente adecuada. elpais.es

JUAN JOSÉ

MILLÁS

Áspera memoria

Corresponsal de Mi Mismo, exploro este extraño país al que en su día fui arrojado e intento relatar cuanto sucede en él. He solicitado la expatriación en varias ocasiones, pero me dicen que de aquí solo se sale a través del budismo o de la muerte. El tren del budismo, para mí al menos, ha pasado, y el de la muerte llega frecuentemente con retraso. El resto de las vías hacia el exterior permanecen cortadas.

—Sigue enviando crónicas y deja de quejarte—, me han dicho en el periódico.

Pues bien, Mi Mismo es un país asfixiante, dominado por el delirio, la fiebre, la ansiedad. Un país inquieto, con revueltas diarias, revoluciones semanales, con cambios continuos de gobierno. Ahora mismo me acabo de dar una ducha de agua fría al objeto de calmar la agitación de que era víctima. Tenía la respiración entrecortada por el desasosiego, además de un nudo de plomo en el pecho. Los nudos del pecho, siempre de metales pesados, son lo peor. A veces, para defenderme de su carga, trato de imaginar que son de hilo de oro, lo que me tranquiliza hasta que pienso en la procedencia del oro, que viene, dicen, de unas minas en las que trabajan niños de ocho o diez años. También hombres, desde luego, quizá mujeres, no lo sé, pero he leído que la extracción del oro y los diamantes provoca un sufrimiento humano insoportable. Así que no me parece bien tener un nudo de oro ni siquiera un corazón de oro.

Vuelvo, en fin, a la respiración entrecortada por el peso del nudo. No sé si esto sirve como crónica. Para escribirla, además de la ducha de agua fría, he necesitado tomarme un ansiolítico porque en el país este de Mi Mismo es fácil conseguirlos. Los reparten a puñados, como los caramelos en la cabalgata de los Reyes Magos. Al poco de ponerme debajo de la lengua, el nudo ha comenzado a desatarse, pero me ha quedado de él una memoria áspera. Por lo demás, bien: intentando comportarme hasta el fin del contrato.

LA HERMANDAD DEL AGUA *

Los nadadores de la selección nacional de waterpolo piensan ya en los Juegos Olímpicos de París. Son los protagonistas del Especial Estilo Hombre. Y, además, conversamos con La Ribot, la artista que escribe con el movimiento, y el arquitecto Wang Shu, el único premio Pritzker chino.

Consíguelo gratis este domingo con EL PAÍS.

EL PAÍS SEMANAL
EL PAÍS